

J

José Portogalo. (1904 – ¿?). Poeta italiano, radicado en Argentina desde 1908. Publicó seis libros: Tregua (1933), Tumulto (1935), Centinela y Sangre (1937), Canción para un día sin miedo (1939), Destino del canto (1942) y Luz Liberada (1947). Su poesía está conformada de versos libres y valientes, enriquecidos con figuras y giros literarios que la tornan en audazmente musical.

Parábola de la ceniza natal

(Permanencia del vínculo)

Te repito, sin duda. ¡Salud, clara semilla
—digo sin que me azoren los lebreles del plomo,
las lunas herrumbadas o el humo devanado
que avanzan en mi carne, o en sórdidas mareas
avanzan y me azotan y me explican el alba.

Adivino tus manos dulcemente viviendo
con una flor sonora congregada en el tacto;
te adivino en los rublos ademanes del trigo
y en la celeste llama del litoral oceánico.

Allí donde mi carne reunida te pronuncie
te ve mi corazón lentamente ascendiendo.

Eres, tal vez, mi hombría de cobre, mi alargada
plenitud vegetal, el río que se nombra
con orillas de menta en mi garganta
y una gaviota suelta que se anida en mi pelo.

Ciertamente que advierto cómo creces desnudo,
pero te salva el sueño, la voluntad, el canto,
la mano siempre abierta que leuda el pan del mundo
cuando digo que existen las campanas, o cuando
mis párpados regresan a un origen de polen
por largos corredores de corola y ceniza.

Praderas de la leche, de la miel y la lluvia,
donde mora invasora la liana de los huesos.

(Íntima del sueño)

1

Mira, qué hermosa luna dejo sobre tus sienes;
hablo del agua, Pablo, y nacen los jazmines.

Qué joven es tu edad antigua como el mundo.
Y en el temblor nativo, ¡qué natural el vínculo!

¡Cómo te sueño, entonces, ganando mi alegría
con un lucero, un pan y una canción!

La madre, silenciosa, se prolonga en la casa;
es Ruth que viene a mí trayendo sus espigas,
su edad donde amaneces reunido en una llama
después de 20 siglos numerosos en la tierra.

2

La libertad existe, lo sé, porque te nombro
y además porque tengo la salud de una estrella,
de un latido que adviene desde la edad remota
en que el hombre pervive maduro con sus huesos
para llegar con alma, con sangre hasta la aurora.

Tu sangre es el combate de mis días,
mi oscuro caracol, mi pobre infancia
cayendo, levantándose en llanto
con el rumor del viento que nació en los baldíos.

Mi infancia, hijo, ¡qué largo sollozo contenido!

(Estás en mi palabra)

¿Qué puedo hacer, mi niño, para cantarte en día,
en relámpago puro o en paso de rocío?
¿Cómo decir tu nombre sin explicar el llanto,
los pétalos agónicos, la anchura de la arena?

Te doy una luz pobre, es verdad, pero te amo.
En ti pienso al hermano que vendrá con el día
después de batallar rudamente la noche,
pelear, golpear la piedra para que brote el fuego
y el pájaro amanezca iluminando el árbol.

El pájaro y la aurora con una geografía
y un idioma varón de alfarero y de río
ardido en la comarca de un verano de abejas,
están con sus navíos de azufre en mi palabra,
están, aquí los tengo: mariposas que ascienden.

Tengo, además, estrellas; algunas se me han muerto,
otras las hice nuevas sin reloj ni herramientas;
viven en mi ceniza natal para que anuncien
tu claro nacimiento de sal, y que lo nombren
como se nombra, a veces, sonriente la mañana,
o un país donde el júbilo despierta los olivos.

La mañana, ¡qué hermosa!, se parece a una hermana.

La hermana de tu sangre tiene un río,
tiene un verde temblor, una luciérnaga
toda la harina azul que se derrama,
que llega a la ciudad en donde nace
la canción escarlata, aquella sílaba
musical de los grillos, y mis tréboles.

(Y la Parábola)

Pero canto, mi niño. Para que comprendas
te doy una corona de verbos inconclusos
y una palabra de hombre; algo simple, sin duda.
No es ésta una moneda, desde luego, es un alma.

Entera como el día que se acerca a tus ojos
es ésta, mi palabra, con el sueño, la flor
y una bandada innumera de pájaros caídos.

La vida, sin embargo, me cruza en una ráfaga;
cruzado estoy de alondra y de finas y lentas
madrugadas de espuma con gallos y palomas,
donde habita mi sueño siempre inédito y puro.

No puedo darte más que este plato de sopa,
que este viento, esta voz nacida de repente
cuando estás con tus ojos repartido en mi sangre,
cuando te determinas con uno de tus gritos
que es el mío naciendo desde el fondo del llanto.

Tú serás mi batalla, sin duda, cuando invadas
largamente existiendo la tierra de los pájaros
y estés junto al amigo que se anuncia en el sueño
conversando un idioma de libertad y hombría.

Dónde está mi ceniza natal y tu combate
digo que te repito para el alba del hombre.

